

PETER STAMM

CUANDO OSCURECE

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Wenn es dunkel wird*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2020 by Peter Stamm
© de la edición original, by S. Fischer Verlag, GmbH, Fráncfort del Meno
Este libro ha sido negociado a través de Liepman AG, Zúrich –
www.liepmanagency.com y Ute Körner Literary Agent
© de la traducción, 2026 by José Aníbal Campos González
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 979-13-87964-67-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 523-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Nahtigal	7
El vestido más elegante	19
La superluna	29
<i>Sabrina, 2019</i>	43
La mujer del impermeable verde	61
<i>Cold reading</i>	77
La primera nevada	91
La rodilla de Dietrich	103
Cuando oscurece	125
«Mi sangre para ti»	139
Naufragio	149

NAHTIGAL

David había llevado la máscara, aunque estaba seguro de que hoy aún no la necesitaría. Era una máscara de ardilla que le cubría toda la cabeza. Se la habían regalado por su cumpleaños cuando era niño, en una época en la que hacía tiempo que había perdido las ganas de disfrazarse, quizá porque estaba en la edad en que uno se siente todo el tiempo disfrazado en contra de la propia voluntad. Su propio cuerpo le pareció entonces un disfraz inadecuado que transformaba en algo amorfo su verdadera personalidad, aquello que quería ser, lo que creía que era. ¿Por qué precisamente una ardilla, por qué no un lobo o, por lo menos, un búho? En algún momento, él debió de haberle señalado a su madre: «Mira, una ardilla, qué bonita». Y años después, en una ocasión en que ella no supo qué regalarle, recordó ese instante y compró la máscara sin pensarlo demasiado. David se la había puesto sólo una vez, durante aquel cumpleaños, y fingió ante su madre estar contento con el regalo. Más tarde la ocultaría en el fondo del armario, como la vergonzosa prueba de lo poco que lo conocía su madre, de lo poco que lo conocía cualquiera. David miró de reojo la bolsa de plástico que estaba al lado de su silla y hubo de reír para sus adentros al pensar en la inminente utilidad de su máscara. Su madre se asombraría, todos se asombrarían de lo que era capaz aquella ardilla.

Esa mañana, en cuanto su madre salió para el trabajo, David llamó a la empresa en que trabajaba para decir que estaba enfermo. Su jefe estaba de vacaciones, y la secretaria no preguntó nada más cuando él le dijo que tenía un res-

friado. Por esas fechas, durante las vacaciones de verano, no había mucho movimiento, y a los aprendices los mantenían ocupados con toda suerte de labores sin sentido. La buhardilla parecía albergar reservas inagotables de viejos sobres de cartas y formularios de facturas en los que aún estaba impreso el viejo número de teléfono. Cuando no había otra cosa que hacer, los llevaban a la sala de reuniones del ático, que en verano era sofocante y no tenía ventilación, a cubrir los viejos números con unas etiquetitas fluorescentes que llevaban escrito el número nuevo, válido desde hacía años. Sin embargo, un poco por inercia, pero también por diversión, pasaban la mayor parte del tiempo bromeando, se reunían en la pequeña cocina o en algunas de las salas de reuniones, atentos siempre a que ningún superior los pillara sin hacer nada.

David había querido estar a las diez en la ciudad, pero después de llamar a su empresa se había metido de nuevo en la cama, como si de verdad estuviese enfermo, y se había quedado dormido. De modo que eran ya las once cuando se sentó en la terraza del pequeño bar de las afueras, observando la filial bancaria situada enfrente, instalada en una casa unifamiliar. Hacía calor en la plazuela adoquinada y el sol lo cegaba. Desde su llegada, nadie había entrado o salido del banco, sólo dos mujeres con bicicletas se habían detenido a charlar en la acera delante del edificio. Salió la dueña del bar. Tendría más de sesenta años, pero era delgada como una jovencita, tenía el pelo teñido de rubio y llevaba unos vaqueros de color lila muy ceñidos. Abrió la sombrilla que estaba al lado de David y le preguntó qué deseaba. Él pidió un café con leche. Había empezado a tomar café desde que tenía aquella plaza de aprendiz, y no porque le gustara el sabor, sino porque todos lo consumían y parecía ser parte del proceso de convertirse en un adulto.

También bebía alcohol desde hacía poco, pero sólo en algunas ocasiones especiales en la empresa, que se organizaban a menudo por todos los motivos imaginables: excursiones, fiestas veraniegas y comidas navideñas, celebraciones que siempre esperaba con ilusión y que, al mismo tiempo, lo ponían nervioso.

«Las once y veintitrés. Un hombre con casco y traje de motociclista entra en el banco», escribió David en un pequeño cuaderno que había llevado con ese fin expreso. Por un breve instante temió que el hombre pudiera tener sus mismas intenciones y anticipársele. Conteniendo la respiración, esperó a que el motociclista saliera, se sentara sin prisa en su vehículo y se alejara de allí. La dueña del bar había dejado el café en la mesa delante de David y se había sentado con los clientes de una mesa vecina: dos ancianos y una anciana con un perro faldero. Desde que David estaba allí, habían hecho varios amagos de iniciar con él una conversación que desfallecía al cabo de unas pocas frases. La dama del perrito se había despedido ya dos veces, pero no se había movido. «Las once y treinta y cuatro. Entra al banco un matrimonio de cierta edad», anotó David en su cuaderno, y se dio cuenta de que había olvidado consignar la hora a la que el hombre vestido de motero salió de la sucursal. Lo enfadó su despiste. El más mínimo error podía hacer fracasar toda la empresa. «Las once y treinta y seis —apuntó—. Un gran Mercedes aparca a unos diez metros del banco, delante de una tienda de muebles. Una mujer joven baja del coche y se apoya en el vehículo. Parece esperar a alguien».

En el sobre del azúcar había una máxima: «Admira a quien lo intenta aunque fracase. Séneca (4 a. C. – 65)». A David le maravillaba todavía que fuera precisamente él, que en casa no habría cogido ni una galleta sin antes pe-

dirle permiso a su madre, quien hubiese concebido aquel plan. Llevaba semanas, meses, dándole vueltas, imaginando cómo se ponía la máscara de la ardilla, entraba a la sucursal y se acercaba al mostrador. Sacaba entonces de la bolsa la pistola del ejército de su padre, apuntaba a la única clienta en el recinto e, impostando la voz, le exigía a la dependienta que le entregase el dinero. Sólo diría unas palabras: «Dinero. Todo. Rápido». En casa había intentado practicar el cambio de voz, pero se sintió tan ridículo que abandonó de inmediato la prueba.

«Las once y treinta y nueve. El matrimonio sale del banco. La joven camina de un lado a otro de la acera y fuma un cigarrillo». David apartó el cuaderno. La mujer parecía nerviosa. ¿Qué diría si la policía la interrogara? No sabría describir al joven, ni siquiera lo había visto entrar al banco. Sólo al sonar la alarma, habría dado un paso en dirección a la entrada de la sucursal, pero se habría alejado de inmediato. Sería entonces cuando lo habría visto: un hombre joven y desgarbado con una máscara en forma de ardilla, con vaqueros y una camiseta negra, que se habría subido a una bicicleta y habría desaparecido al doblar la esquina.

David se imaginó conduciendo el Mercedes por una carretera comarcal. A su lado, la joven. Él le ponía una mano sobre la rodilla y ella le sonreía.

—¿Adónde vamos?—pregunta ella.

—A Francia—responde él—, a la Costa Azul.

—Estás loco—le dice ella, y ríe—. No he traído nada.

—Pues te compraremos cosas nuevas—le dice él—. El dinero no es problema.

¿Cuánto había en aquella bolsa de plástico? ¿Cien mil? ¿Doscientos mil? ¿Y cuando el dinero se acabase? También en la Costa Azul había bancos.

—Estás loco—repite ella.

—Se vive sólo una vez—le dice David, y acelera.

En su plan, sin embargo, lo de menos era el dinero, se trataba de tomar las riendas de su vida, de la libertad de decidir sobre su futuro.

La joven miró el reloj. También David miró el suyo. Diez para las doce. No debía quedarse demasiado tiempo allí. La del bar y los clientes no debían acordarse de él cuando más tarde la policía indagara sobre cualquier sospechoso. David se puso de pie y cruzó la calle. En la ventana del banco colgaba una lista con el cambio actual de las divisas extranjeras: la zona euro, Estados Unidos, Dinamarca, Gran Bretaña, Noruega, Suecia, Australia, Canadá, Japón, países que David no había visitado. Sólo entonces se dio cuenta de que no había pagado su café, así que corrió de vuelta, cruzando la calle. La dueña del bar ni siquiera parecía haber notado su partida.

Al día siguiente llovió. David viajó de nuevo a la ciudad. Había oído historias de ladrones de bancos que estudiaban el lugar con meses de antelación, anotaban cada detalle, se agenciaban planos del edificio y hacían fotos a escondidas. Él iba sentado en el autobús pensando en qué más debía averiguar. «Cámaras de vigilancia», anotó en su cuaderno. «Horarios de apertura, la sala de las ventanillas, vías de escape». Estaba tan enfrascado en sus pensamientos que se saltó la parada y hubo de bajarse en la siguiente. A un lado de la calle había unas casitas de aspecto deslucido; en el otro, una gran urbanización con bloques de edificios de cinco plantas de las décadas de 1950 o 1960. En lugar de regresar a pie, David se dirigió hacia las afueras de la ciudad. La lluvia amainó, pero luego arreció otra vez. La calle cruzaba sobre la autovía y David se apoyó en la barandilla del puente a contemplar los coches y camiones que circulaban por debajo, preguntándose hacia dónde irían. ¿A cuánto

estaba de allí la Costa Azul? De todos modos, él no podía conducir, había cumplido los dieciocho unos meses atrás y no tenía dinero para la autoescuela, por no hablar ya de un coche.

David abandonó la calle principal y caminó por unas callejuelas que discurrían a través de los bloques de edificios. Bajo el alero de uno de esos bloques vio a una joven que fumaba. A pesar del frío, llevaba sólo unos vaqueros y una camiseta fina, y parecía observarlo. David apartó la mirada. «Éste sería un buen lugar si tuviera que esconderme», pensó. Entonces se detuvo y se dio la vuelta. La mujer seguía mirándolo. De repente, David decidió acercarse a ella, que ni se inmutó y siguió observándolo con absoluta indiferencia. Él le preguntó si sabía de un piso en alquiler por allí. La mujer permaneció largo rato en silencio y, a continuación, dijo:

—¿No tienes paraguas?

—No—respondió David—. Estoy buscando piso.

—¿Para ti solo?—preguntó ella—. ¿Qué edad tienes?

La delgada tela de la camiseta le permitía a David ver el contorno del sujetador.

—No soy de por aquí—dijo él.

—Yo tampoco—dijo la mujer.

Ambos callaron de nuevo, como si ya lo hubieran dicho todo o no hubieran dicho nada. Por último, la mujer apagó el cigarrillo con el pie, se despidió y se dio la vuelta.

—Sería estupendo vivir aquí—dijo David.

—No lo creo—dijo la mujer de espaldas a él, y desapareció dentro del edificio.

A través de la puerta de cristal, David la vio subir las escaleras. Esperaba que la joven notara su mirada y se volviera. Entonces le sonreiría, bajaría de nuevo y le abriría la puerta. «Ven, entra», le diría. Su piso sería frío y oscuro.

«Deberíamos quitarnos la ropa mojada», diría ella. Pero la ropa de ella no estaba mojada.

Las mesas estaban de nuevo en la terraza del bar, pero las sillas estaban recogidas y apiladas contra la pared del edificio. David entró al diminuto salón, en el que sólo había la barra, una máquina de tabaco y dos mesas. El aire era cálido y pesado debido a la lluvia del exterior. Ante la mesa situada junto a la entrada se hallaban sentados dos ancianos y una señora mayor con un perrito, pero no los mismos de la víspera. Era como si otros actores hubiesen asumido los mismos papeles. También la camarera que estaba detrás de la barra era otra, una mujer regordeta de edad indeterminada.

—¿Podría tomar un café?—preguntó David.

La camarera vaciló brevemente y dijo:

—Sí, creo que todavía me queda alguno.

Los demás clientes rieron.

—Muy bueno—dijo la mujer del perrito.

David se sentó a la mesa situada al fondo. La ventana estaba cubierta por una cortina de ganchillo y no podía ver el banco, pero habría llamado la atención marchándose de inmediato. Bebió su café a pequeños sorbos y miró a su alrededor. En las paredes colgaban tarjetas postales, enviadas tal vez por algunos clientes fijos: vistas de Ibiza, Bangkok, Kenia. Sobre uno de los taburetes de la barra reposaba un enorme perro de peluche como los que uno puede ganar en cualquier puesto de tiro al blanco. En otro se alzaba una pila de cojines. Sobre la barra había varios expositoros con billetes de lotería. «Mínima inversión – Grandes ganancias. ¿Hoy es tu día de suerte? Gana de inmediato hasta 250 000 francos». Cuando David salió, vio a una de las peluqueras del salón de belleza contiguo tomando un *espresso* de pie. «Nubes—escribió en su cuaderno—.

Todos los ruidos parecen amplificados por las superficies mojadas: el rumor de los coches, el vocerío de los pájaros y las campanadas de la iglesia».

De vuelta en su pueblo, David se fue directamente a casa, no quería encontrarse con nadie de la empresa. Ya en casa, vio un poco la televisión y se comió el bocadillo que se había preparado durante el desayuno para el almuerzo. Por la tarde fue hasta el bosque en bicicleta. Llevaba consigo la pistola del ejército y quería probarla. No tenía munición, y no habría sido difícil conseguirla, pero habría llamado la atención y sólo habría complicado las cosas. Se detuvo en medio del bosque, sacó la pistola de la bolsa de plástico y se puso a graznar, impostando la voz: «El dinero, rápido». Lo repitió una y otra vez: «El dinero, todo, rápido». El jueves, o a más tardar el viernes, el tiempo mejoraría. ¿Eran buenas noticias? ¿Era mejor robar un banco con lluvia o en un día soleado?

Esta vez David viajó a propósito una parada más allá. «Todavía llueve—escribió en su cuaderno—. Viento racheado. En medio de la ciudad huele como en el bosque. De humor alegre, casi festivo, sin saber bien por qué». Le tomó algún tiempo encontrar de nuevo el edificio. No se veía a nadie, y David leyó los apellidos en los carteles del interfono: «Marra, Reisacher, Wittwer, Garofalo, Nahtigal». Debía ser ése, Nahtigal. ¿Y cuál sería su nombre de pila? Renata fue el primer nombre que le vino a la mente, no sabía por qué. No conocía a nadie que se llamara así. «Renata Nahtigal». Repitió el nombre un par de veces y lo anotó en el cuaderno. La chica había dicho que no vivía allí. Estaría tal vez visitando a sus padres. David caminó varias veces de un lado a otro de la calle, a la espera, pero la mujer no apareció. Había empezado a lloviznar de nuevo, así que buscó refugio bajo el alero donde la había visto la pri-

mera vez. «Estás completamente empapado—dijo Renata—, te vas a resfriar». Su padre estaba de vacaciones o en el hospital, y ella había venido para vaciar el buzón y regar las plantas. «Podrías ayudarme, mi padre tiene muchísimas plantas». Estaban sentados juntos en el sofá. Renata le estaba enseñando fotos de su infancia. Estaban muy pegados y una mano de Renata, la que sostenía el álbum, se apoyaba sobre el muslo de David. «Debes procurar no resfriarte», le decía ella. «¿Has estado alguna vez en la Costa Azul?», le preguntó David.

Era mediodía. Los bancos en el centro del barrio estaban ocupados por aprendices que comían sándwiches o kebabs comprados en los puestos callejeros de las proximidades. David los contemplaba con envidia por la paz y la ordenada regularidad de su día a día, que él mismo había puesto en juego. Esos jóvenes tenían buenas perspectivas de abrirse camino, de llevar una vida decorosa como la de sus padres o sus abuelos, formando parte de algo más grande que ellos mismos. Él parecía ajeno a esa vida, a pesar de que hasta hacía una semana era también la suya. Ya no sabía con exactitud cuándo se había dado cuenta de que tendría que tomar una decisión. Era como si lo hubiese notado cuando era ya demasiado tarde. Y todo lo que había sucedido, estaba sucediendo o sucedería, lo conducía a ese momento: se detendría delante del banco, tomaría aire un par de veces, se pondría la máscara de ardilla, entraría y haría lo que era preciso hacer.

La secretaria había llamado a su madre para preguntarle por David.

—¿Qué te pasa?—preguntó la madre—. No puedes llamar para decir que estás enfermo y luego ir a pasearte por la ciudad a hacer quién sabe qué.

—De verdad que me encontraba mal—dijo David.

La madre le puso una mano en la frente y dijo:

—Bueno, fiebre no tienes. ¿Volverás al trabajo mañana?

—Pasado mañana—respondió David—. A fin de cuentas, no tenemos nada que hacer.

Su madre suspiró y se marchó a la cocina a preparar la cena.

Más tarde, ya en la cama, David repasó cada movimiento que debía ejecutar, cada palabra que debía decir. Hojeó el cuaderno y leyó sus apuntes. En la última página escrita, había sólo un nombre: «Renata Nahtigal». Entonces apagó la luz e intentó recordar su rostro. Primero pensó que ella tendría su misma edad, pero al tenerla delante y ver las delgadas líneas de su cara, se dio cuenta de que era mayor. Tendría unos treinta o incluso treinta y cinco. David fue al baño para quitarse la ropa mojada y se llevó consigo la bolsa de plástico. «¿Tienes miedo de que te robe tus cosas?», gritó Renata a sus espaldas, riendo. Cinco minutos más tarde, al entrar en el salón totalmente desnudo, salvo por la máscara de la ardilla que le cubría la cabeza, ella emitió un grito agudo y rompió a reír sin poder parar.

Pero no era de eso de lo que aún se acordaba treinta años después, sino de aquel momento al día siguiente, cuando estuvo frente al banco, a las diez y veintitrés. Dos minutos antes, una mujer algo mayor había entrado en la sucursal bancaria y había salido al cabo de pocos minutos. David estaba allí, en la mano una bolsa deportiva con la máscara de la ardilla y la pistola. El tiempo, en efecto, era de nuevo espléndido, brillaba el sol, pero era como si el verano se hubiera terminado tras dos días de lluvia. La luz era diferente, el aire más claro, olía a otoño. Una leve brisa le hizo sentir escalofríos. Se quedó allí, miró el reloj, eran las diez y veinticuatro. David respiró hondo dos veces. Se sentía

como en esos momentos en los que el columpio es empujado hacia lo alto y permanece por unos segundos en un estado de ingravidez, y uno cree que puede echar a volar, antes de que la fuerza de gravedad tome de nuevo las riendas y tire de uno hacia el abismo de la vida real.